



Voy a envolver mis dos camisas junto a mis demás calcetines y mi mejor traje en el pañuelo azul con el que mi madre se recogía el pelo cuando limpiaba la casa, y luego me iré del valle.

Este pedazo de tela es demasiado bueno para envolver con él mi equipaje, preferiría guardármelo en el bolsillo, pero en la casa no hay nada más que me sirva, y el capazo de esparto con puntilla está en la de la señora de Tom Harries, al otro lado del monte. Si bajara a la tienda de Tossal a por una caja de cartón, tendría que contarle para qué la quiero, y entonces todo el mundo se enteraría de que me voy. Como no quiero que eso ocurra, no me queda más remedio que usar el viejo pañuelo azul, y le he prometido un buen lavado y planchado en cuanto me instale, dondequiera que sea.

Siempre he pensado que un hombre que decide dejar atrás el mundo que conoce para marcharse a un lugar desconocido debe de sentir algo grande. Yo sentía lo mismo por las rosas que cortaba en el jardín para llevarlas al cementerio. Pero los hombres son distintos de las flores, puesto que son capaces de decidir sobre las cosas. Y eso, creo yo, probablemente haga que ese sentimiento sea más grande.

No obstante, lo único que yo he sentido en esta última hora desde que decidí marcharme es un picor entre los hombros, justo donde una astillita se quedó enganchada en mi camisa mientras se secaba al viento sobre la valla. Que conste que hace un momento me sentí muy mal al despedirme de Olwen, pero como en realidad

no me he despedido de ella, y además ella no tiene la menor sospecha de que me marchó, no parece que sea lo mismo que despedirse de verdad, así que es posible que me sienta mejor de lo que debiera por estar fingiendo.

Lo que ahora me inquieta es este bendito pañuelo azul, pues no dejo de pensar que puede que se me rompa o se me pierda y, si eso ocurriera, sería algo que pesaría sobre mi conciencia el resto de mi vida. Recuerdo a mi madre llevándolo hasta cuando yo era muy pequeño. Su pelo era rubio y rizado, tan tupido que atascaba los dientes del peine, y siempre lo tuvo muy bonito, incluso cuando se le puso blanco.

Mi padre la conoció cuando ella tenía dieciséis y él veinte años. Acababa de irse de una granja para buscarse aquí la vida, en la siderurgia, y una noche, mientras pasaba por la calle cantando, vio a mi madre echando las cortinas en la planta de arriba de la casa en la que trabajaba. Él paró de cantar y levantó la vista, y supongo que ella la bajó para ver por qué había parado. Bueno, pues se miraron y se enamoraron.

Que conste que, si le hubieras contado esta historia a mi madre, se lo habría tomado a broma y te habría dicho que menuda tonte-ría, pero yo lo sé porque a mí me lo contó mi padre. Se casaron al cabo de menos de seis semanas, durante el peor invierno que había habido en años. Hemos seguido teniendo inviernos terribles desde entonces, pero mi padre siempre decía que jamás habría otro invierno como cuando mi madre y él se casaron. Muchas mañanas, se despertaban y descubrían que el aliento se les había congelado en una fina capa de hielo sobre las mantas.

En aquellos tiempos la vida era muy dura. No había casas ya construidas para los hombres, y los matrimonios se veían obligados a vivir en graneros y viejas cabañas hasta que se construyeran suficientes viviendas. También había quienes sacaban mucho dinero gracias a esas casas. Mi padre pasó más de veinte años pagando la renta de esta hasta que pudo comprarla del todo. Me alegro de que

lo hiciera porque, de lo contrario, mi madre no habría tenido donde vivir en estos últimos años.

No obstante, en aquella época el dinero se ganaba con facilidad y en abundancia. Y no era dinero en papel, sino en soberanos de oro macizo, como el que mi abuelo llevaba en su leontina. Unas moneditas redondas, amarillas como los narcisos en verano, y arrugadas por los bordes como los chelines, con una cabeza cortada en el anverso, y un dragón y un hombre con un palo en el reverso. Y, cuando él las hacía chocar contra algo sólido, sonaban. Qué sensación tan agradable debía de ser meter la mano en el bolsillo y revolver diez o quince de ellas, aunque es algo que nunca volverá a ocurrirle a nadie, al menos en mi época. Aun así, me pregunto si el último hombre, el ultimísimo que llevara el bolsillo lleno de soberanos, se paró a pensar que era el último que hacía tintinear esas monedas.

Ahí queda para la crónica.

Para mí no tiene nada de especial volar a cientos de kilómetros por hora, es más, me parece de risa que semejante tontería cause tanto alboroto. No hay comparación con un hombre con el bolsillo lleno de soberanos para gastar. Y eso que hubo una época en la que todo el mundo los tenía.

Cuando los hombres acababan la jornada el sábado a la hora de comer, en cuanto mi madre oía el pitido, salía corriendo para poner la vieja banqueta delante de la puerta de casa y esperar a que mi padre y mis hermanos aparecieran colina arriba.

Cuántas veces me he quedado de pie junto a la puerta mirando valle abajo, recordando cómo todos los hombres subían negros de polvo, riendo en grupos, caminando con la espalda doblada porque la calle es empinada y en aquella época no estaba adoquinada.

Ni que decir tiene que las casas de ahora son las mismas que las de entonces, hechas con piedra de las canteras. Menudo trabajo el de acarrear todos aquellos bloques a lo largo de todos aquellos kilómetros en carros y carretas, sin una sola carretera que pudiera

decirse que fuera buena de verdad, porque en aquel entonces en el país no había más que granjas.

Todas las mujeres se engalanaban para la ocasión con su segundo mejor atuendo y sus tiesos delantales almidonados el sábado por la mañana, pues era entonces, al acabar su turno al mediodía, cuando los hombres recibían su paga.

En cuanto sonaba el pitido, sacaban las sillas delante de las casas y se sentaban a esperar a que los hombres subieran la colina para regresar a casa. Luego, a medida que ellos iban llegando a la puerta de sus respectivas casas, depositaban el salario, soberano a soberano, en los regazos relucientes de ellas: primero los padres, seguidos en fila por los hijos o los inquilinos. Muchas veces mi madre llegaba a recoger hasta cuarenta soberanos, en la época en que mi padre y mis cinco hermanos trabajaban. Y calle arriba y calle abajo, se les oía reír y cantar y, en medio de todo, el tintineo del oro al caer. Qué buen día eran los sábados de entonces, la verdad.

En verano, mi padre y mis hermanos se bañaban en el cobertizo que había en la parte de atrás, pero en invierno lo hacían dentro, en la cocina. Mi madre llenaba las tinas de agua caliente y preparaba cubos de madera con agua fría y caliente para que se enjuagaran. Cuando acababan y se ponían sus mejores galas, entraban en la cocina para la cena del sábado, que siempre era especial.

Por supuesto el domingo no estaba permitido cocinar, a menos que mi padre tuviera que ir a la mina para ocuparse de algún asunto, e incluso entonces mi madre estaba muy atenta.

Pero el sábado siempre era un buen día para nosotros. Hasta yo lo recuerdo, aunque solo cuando era pequeño, que conste.

Para empezar, siempre teníamos jamones en la cocina, todo el año, y no uno, sino una docena a la vez. Dos cerdos enteros colgados en esa cocina, listos para que cualquiera que entrara por la puerta, conocido o no, les cortara una tajada. Durante años tuvimos aquí un gallinero en el patio de atrás. Unas gallinas preciosas, blancas y morenas, y los huevos que ponían eran dignos de ver. Marrones,

y marrones con pintitas oscuras, y algunos casi rosas, y todos grandes como puños. Recuerdo salir y acercarme a los nidos gateando entre la paja, mientras una gallina cacareaba y me perseguía sacudiendo las alas, hasta hacerme con uno, calentito, y tan grande para mis manitas que tenía que sujetarlo contra el pecho para llevárselo a mamá a la cocina. Las gallinas tienen un olor muy peculiar, que creo que proviene de sus plumas, igual que un hombre también tiene el suyo. El de las gallinas es uno de los olores más hogareños que puedes llevarte a la nariz. Te hace pensar en todo lo que era bueno y ya no existe.

En cualquier caso, cuando nos sentábamos a comer el sábado, daba gusto mirar la mesa. Aunque en aquella época a nadie se le ocurría mirar la mesa para conservar el recuerdo vivo en la memoria, que conste.

Siempre había un lomo de ternera y una paleta o una pata de cordero en los platos cerca de mi padre. Delante tenía los pollos, guisados o asados, o los patos, o el pavo, o el ganso, en función de la época del año. Luego las patatas, en puré, cocidas y asadas, y la col y la coliflor, o guisantes, o judías, y a veces cuando el tiempo acompañaba, todo junto.

Empezábamos bendiciendo la mesa, todos de pie y mamá conmigo en brazos. Mi padre cerraba los ojos con fuerza y miraba hacia la mancha del techo, tendiendo las manos sobre la mesa. A veces, cuando abría los ojos, me pillaba mirándolo y me amenazaba con el puño diciéndome que acabaría mal, aunque lo hacía jugando, claro está. Luego mamá le decía que no fuera bobo y me dejara tranquilo.

Aunque la verdad es que, hasta la fecha, mi pobre padre tenía tanta razón que he llegado a pensar que tal vez fuera un profeta.

Cuando nos sentábamos, yo en el regazo de mamá, mi padre servía del caldero una sopa clara de puerro con un buen pedazo de jamón, al que se le veía la corteza al darse la vuelta entre el vapor cuando el cucharón salía rebosante. Qué olor el de aquella sopa.

Lo tengo ahora mismo en la nariz. Contenía todo lo que era bueno y, por eso, solo el olor bastaba para que te sintieras tan calentito y tan a gusto que era puro placer estar allí sentado, anticipando el placer que estaba por llegar.

Ahora mismo me parece estar oliéndolo, un olor redondo, generoso, lleno de vitalidad, con hierbas recién cogidas de la apacible tierra, un aroma sereno a hogar y a personas felices. De hecho, si la felicidad huele a algo, conozco bien el olor, ya que en nuestra cocina siempre ha flotado ese leve olor, aunque en aquella época inundaba toda la casa.

Después de que mi madre, junto con mi hermana mayor, sacara los platos, mi padre trinchaba los pollos o lo que hubiera. Mi madre siempre andaba a la carrera de la mesa al hornillo para servir en los platos el jugo de la carne y siempre era la última en empezar a comer.

—Comed mucho, vamos —nos decía mi padre—, comed mucho, hijos míos. Vuestra madre es una pésima cocinera, la verdad —bromeaba—, pero da igual. Comed.

Jamás se hablaba mientras comíamos. Hasta a mí me mandaban callar si hacía algún ruido. Y creo que de esa forma la comida resulta más provechosa, puesto que jamás he conocido a nadie cuya conversación sea mejor que una buena comida.

Después de rebañar y sacar brillo a los platos con el pan que mi madre cortaba sujetando la hogaza de dos kilos contra el pecho, venía el postre, y permitidme que os diga que los postres de mi madre eran para chuparse los dedos. Unas veces era un pastel, otras una compota de fruta con una espesa nata fresca de esa misma mañana, pero fuera lo que fuese siempre estaba bueno.

Y después de eso, una buena taza de té.

Mi padre nunca se fumaba su pipa en la mesa, así que mientras mi hermana lavaba los platos en la parte de atrás, él y mis hermanos se iban a la habitación de al lado y, a veces, me daba permiso para sentarme en sus rodillas.

Si él y los chicos pensaban ir a la ciudad a comprar algo, les tocaba esperar a que mi madre estuviera lista para repartir el dinero de sus gastos.

Mi madre guardaba todo el dinero en la caja de lata que había sobre la repisa de la chimenea de la cocina. Todos los sábados, durante años, fue juntando su montoncito de soberanos con el resto, hasta que la caja llegó a pesar tanto que mis hermanos bromeaban mientras la ayudaban a llevarla de un sitio a otro y, a veces, el mayor, Ivor, cargaba con ella y con la caja a la vez.

En cuanto la ponía en la mesa, abría la tapa y se sentaba, mirando a mi padre.

—¿Vamos a ello, Gwilym? —decía con su voz grave.

—Vamos —asentía mi padre, y se sacaba la pipa de la boca para incorporarse en su asiento y sonarse la nariz. Y así era siempre, cada vez que había que destinar dinero a cosas que no fueran los gastos habituales de la casa.

Mi padre siempre decía que el dinero era para gastarlo, del mismo modo que los hombres gastan sus fuerzas y su inteligencia en ganarlo, y con la misma buena disposición. Del mismo modo que trabajan con un propósito, el resultado de ese trabajo también debe gastarse con un propósito, para no malgastarlo. Por lo que en nuestra familia, dado que todos los adultos ganaban dinero, salvo mis hermanas, mi madre y yo, siempre que se sacaba esa caja de lata de la cocina, era algo que antes había que sopesar.

Si mi padre y mis hermanos iban a ver un partido de rugby al otro lado del monte, querían unos cuantos chelines de más para repartírselos, así que mi padre sacaba medio soberano y lo dividía. El dinero para sus gastos era fijo porque había pocas cosas en las que pudieran gastarlo.

Se tomaban su cerveza en el Three Bells, al pie de la colina, y mi padre saldaba la deuda cada quince días. A veces había excursiones con el coro y, de vez en cuando, un partido en el valle de lado o un internacional en la ciudad. Aunque se podría decir que



cuando eso ocurría, iba todo el valle, salvo los postrados en cama o con muletas. Que conste que muy pocos de ellos veían en realidad el partido, pero todos iban al pueblo, y eso era lo importante. Durante el camino de vuelta a casa se enteraban de cómo había ido el partido gracias a sus amigos, para así poder hablar del tema como todo hijo de vecino. Por lo que poco importaba si habían visto o no el partido.

A mí me daban el penique de los sábados desde bastante pequeño, y con él le compraba tofe a la señora Rhys, la de Glasfryn. Preparaba el tofe en una cacerola y luego lo enrollaba y lo colgaba todavía blando sobre un clavo que había detrás de la puerta, donde se quedaba pegado. Luego lo cogía con las dos manos y tiraba de él, y después lanzaba la pasta otra vez al clavo. Y así seguía durante media hora o más, hasta que se convencía de que estaba lo bastante duro, y entonces lo dejaba reposar para que se aplanara. La de horas que habré esperado en su salón con mi penique en la mano y la boca hecha agua, pensando en el tofe y olisqueando aquel aroma a azúcar, nata y huevos. Tengo ahora la impresión de que podías pasarte horas masticando ese tofe sin que se perdiera el sabor; e incluso después de acabártelo, tragabas saliva y seguías encontrándote el sabor escondido detrás de la lengua.

La primera vez que me dieron una paga de verdad para mis gastos fue cuando Ivor se casó. Bronwen vivía al otro lado del monte, donde su padre tenía una tienda de comestibles. Ivor la conoció un día que fue a un concurso con el coro y entró en la tienda a por huevos para la voz. Bronwen lo atendió e imagino que se pondrían a hablar de esto y de lo otro, pero la cuestión es que, fuera lo que fuese, debió de ser algo muy interesante, porque Ivor se perdió todo el concurso y se llevó un buen rapapolvo por ello. Había heredado de mi padre una gran voz de tenor, la verdad, y la había educado bien. Así que fue una triste pérdida para el coro.

Dai Ellis el de la cuadra, que llevaba y traía al coro en el faetón, fue quien se lo contó a mi padre. Ivor debió de subir y bajar el monte y recorrer a pie todo el trecho de vuelta a casa, porque no llegó



hasta más o menos una hora antes de que mi madre se levantara a preparar el desayuno. Mi padre se limitó a reírse.

—Beth —le dijo a mi madre—, no tardaremos mucho en perder a Ivor, ya verás. Será el primero.

—Bueno —repuso ella, sin sonreír exactamente, pero como si envolviera una sonrisa dentro de una idea—, la verdad es que ya va siendo hora. Me preguntaba cuánto tardaría. ¿Quién es ella?

Por aquel entonces nadie lo sabía. Y nadie se atrevía a preguntar, ni siquiera mi padre, que decía que cada cual tiene sus ideas y sus gustos, y que no era asunto de nadie ir por ahí haciendo preguntas y metiendo el hocico. Él nunca lo hizo.

El pobre Ivor lo pasó muy mal. Estuvo sin comer varios días. Cuando llegaba después de su turno, se bañaba y subía a la ladera del monte a tumbarse en la hierba y pensar. O, al menos, eso fue lo que me dijo un día que subí a buscarlo.

—Pensar —me dijo—. Ahora lárgate de aquí, antes de que te tire al río de cabeza.

Después de aquello, cruzaba el monte dos veces por semana, semana sí y semana también, hasta cuando nevaba y, si llegaba tarde para volver con Dai Ellis, recorría a pie todos esos kilómetros, monte a través, con la noche ya cerrada. Debía de ser amor verdadero para que un hombre como Ivor hiciera todo aquello solo para ver unos cuantos minutos a una chica en su casa, en compañía de su padre y su madre.

Un sábado por la tarde después de comer, cuando Ivor ya casi había vuelto loco a mi padre con tanto ir y venir y suspirar y salir a la puerta para mirar colina abajo, y volver a entrar para coger el *Christian Herald* y abrirlo y cerrarlo y volver a dejarlo, oímos que un charrete paraba delante de la puerta.

Mi padre se levantó sabiendo que tenía visita, y mis hermanos hicieron lo propio. Ivor estaba en la puerta saludando con muy buenos modales al padre de Bronwen, que había venido para visitar a la familia. Mi padre me echó de la habitación en cuanto entraron.

—Papá —dijo Ivor, blanco como los lirios—, te presento al padre de Bronwen.

—Ah —dijo mi padre—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, la verdad —respondió el padre de Bronwen, abarcándolos a todos, incluida la estancia, con una sola mirada—. Sí que hace frío, ¿eh?

A partir de ese momento, claro está, hicieron buenas migas y, para cuando mi madre hubo preparado la cena, ya eran como amigos de toda la vida, y el padre de Bronwen se volvió a su casa borracho como una cuba, igual que si hubiera pasado por el Three Bells. Que conste que mi padre también se tomó un par, pero él siempre sabía cuándo parar y, llegados a ese punto, era imposible que aceptara ni media pinta más.

Después de aquello, mi padre llevó a mi madre al otro lado del monte para conocer a la madre de Bronwen.

Aunque el sábado anterior a eso Bronwen se presentó sola en casa antes de que los hombres regresaran de la mina.

Jamás olvidaré a la Bronwen que aquel día vi llegar colina arriba con el canasto doble apoyado en la cadera.

Llevaba en la cabeza una capota de paja con flores que le caían por las mejillas y unas anchas cintas verdes, atadas bajo la barbilla, que ondeaban sobre su rostro. Una gran capa verde oscuro se ondulaba a su alrededor al caminar y se abría para mostrar su vestido y su delantal blanco, que le llegaban por debajo de los tobillos con sus botines abotonados. Pese a que la colina era empinada y el canasto grande y pesado, ella avanzaba como si nada. Subía mirando hacia las casas de nuestro lado, hasta que me vio a mí asomado a la puerta, observándola a hurtadillas, y entonces sonrió.

No miento si os digo que sus ojos se volvieron tan brillantes como las gotas de lluvia sobre el alféizar cuando sale el sol, la naricilla se le arrugó sobre la boca roja, que rodeaba unos largos dientes blancos, y los lazos verdes que lo sujetaban todo se agitaron bajo el mentón.

—Hola, Huw —dijo.

Pero a mí me dio tanta vergüenza que salí corriendo en busca de mamá y me escondí detrás de la cama de la pared.

—Pero ¿qué te pasa a ti? —me preguntó mi madre.

Y yo lo único que hice fue taparme la cara con las mantas.

Entonces Bronwen llamó desde la entrada.

Que conste que mi madre no había visto nunca a Bronwen ni oído su voz, pero estoy seguro de que supo quién era. Inclino la cabeza hacia un lado, dejó el tenedor con el que estaba cocinando y fue hasta el espejito para quitarse este pañuelito azul y retocarse el pelo.

—¿Eres tú, Bronwen? —preguntó, sin dejar de mirarse en el espejo.

—Sí —respondió Bronwen, aunque en realidad casi no se la oía.

—Entra, hija mía —la invitó mi madre, y salió a recibirla.

Se quedaron mirándose sin hablar unos instantes, y luego mi madre le dio un beso.

Al cabo de cinco minutos mi madre ya sabía todo lo que había que saber y le había contado a Bronwen casi todas las travesuras que Ivor había hecho de pequeño, lo que le gustaba comer, que nunca se tomaba el té caliente y otras cosas por el estilo. De hecho, la conversación se animó tanto que mamá estuvo a punto de olvidarse de sentarse fuera a esperar y, cuando mi padre ya estaba casi en la puerta canturreando con mis hermanos, lanzó un chillido y salió corriendo para sacar la banqueta, sentarse rápidamente y colocar bien las manos para esperar.

—Algo malo pasa aquí —anunció mi padre al entrar—. Es la primera vez que sales tarde, mi niña.

Luego vio a Bronwen detrás de la puerta y se echó a reír.

—¿Malo? —añadió—. ¿Pero qué digo? De malo nada, lo que pasa aquí es algo bueno. ¡Ivor!

Mi padre me agarró del cogote y me sacó de la cocina justo cuando Ivor, sucio y manchado de carbón, fue a besar a Bronwen.

—Esas cosas todavía no son para ti, hijo mío —me dijo—. Ya llegará tu turno.

Mis hermanas regresaban de la granja justo en ese momento y mis hermanos estaban bañándose en la parte de atrás, así que la casa se llenó de ruido y de risas, y el olor de la comida en los fogones daba tanta hambre que hasta te dolía la barriga.

Después de aquel día Bronwen vino a casa muchísimos sábados más, pero yo siempre me cohibía delante de ella. Creo que ya entonces me había enamorado de ella, y probablemente he seguido enamorado de ella toda mi vida. Puede parecer una tontería, pensar que un niño pueda enamorarse. Es curioso si uno lo piensa en esos términos. Pero yo sigo siendo el niño que fui, y nadie más que yo sabe lo que siento. Y creo que aquel sábado en la colina me enamoré de Bronwen.

Sea como fuere, eso ya es pasado.